

DESIGUALES

ORÍGENES, CAMBIOS Y
DESAFÍOS DE LA BRECHA
SOCIAL EN CHILE



*Al servicio
de las personas
y las naciones*

DESIGUALES

Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile

www.desiguales.org

© Programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo (PNUD), junio 2017

www.cl.undp.org

© Uqbar Editores

www.uqbareditores.cl

ISBN: 978-956-7469-86-4

Edición de textos: Andrea Palet, Pilar de Aguirre

Diseño y Diagramación: TILT Diseño

Difusión: Acento en la Ce

Primera edición junio 2017

Primera reimpresión julio 2017

Impreso en Santiago de Chile en los talleres de Ograma Impresores

En la impresión de este libro se utilizó papel bond ahuesado de 80 gramos para el interior y papel cuché de 250 gramos polilaminado para la portada

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en cualquier medio, citando la fuente

Cita recomendada:

PNUD (2017). *Desiguales. Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*. Santiago de Chile, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

En el presente libro, siempre que es posible, se intenta usar un lenguaje no discriminador ni sexista. Conscientes de que existe debate al respecto, consideramos sin embargo que las soluciones que hasta ahora se han intentado en nuestro idioma no son sistemáticas y obstaculizan la lectura. Por lo tanto, en los casos en que sea pertinente, se usará el masculino genérico, que la gramática española entiende que representa a hombres y mujeres en igual medida.

EDUCACIÓN Y DISTRIBUCIÓN DE OPORTUNIDADES

Una de las formas más habituales de reproducción de la desigualdad es la transmisión de ventajas y privilegios de una generación a otra. Este mecanismo atenta contra la igualdad de oportunidades y para muchos es uno de los aspectos más injustos de la desigualdad social, puesto que predetermina las trayectorias de vida desde la infancia. Por ello las sociedades modernas han buscado nivelar el piso de las oportunidades a través de políticas públicas que compensen las desigualdades asociadas al origen familiar. El resultado de este proceso determina la movilidad intergeneracional o la correlación entre la posición socioeconómica de los padres y la de los hijos a través del tiempo.

El sistema educativo, esencial en este proceso, puede operar en una u otra dirección. Puede ser un canal central de movilidad social para los hijos de familias menos aventajadas, pero también puede servir como vehículo de reproducción de la desigualdad en el tiempo entre las clases sociales (Hout y DiPrete, 2004). Desde el punto de vista de la política pública, es la herramienta más importante de que se dispone para compensar las desigualdades de origen.

En términos generales, el espacio educativo es clave porque es allí donde socializan las nuevas generaciones, y donde niños y jóvenes desarrollan habilidades cognitivas y no cognitivas. Estos son procesos que subyacen a la formación de las competencias afectivas, lingüísticas y laborales de los individuos, y a su capacidad de agencia, madurez emocional, sentido estético y otras dimensiones del desarrollo. La educación es un determinante principal de la posición que ocupan los individuos y los grupos sociales en el mercado del trabajo, así como de la remuneración y el prestigio asociados a los trabajos; y en sí misma es un marcador de estatus social.

La relevancia de la educación en la sociedad chilena es reconocida por todos. En este libro se ha mostrado que en todos los grupos sociales chilenos la expectativa referida a la educación de

los hijos es uno de los pilares de las narrativas de movilidad social. “Salir adelante” a través de una buena educación es uno de los mandatos intergeneracionales más poderosos de los padres –especialmente de las madres– a sus hijos (Castillo, 2016). En la educación se ha depositado la posibilidad misma de terminar con la vulnerabilidad o la inseguridad. Su centralidad se alimenta del discurso político tanto como del que proviene de la sociedad civil, que ha cifrado en la educación la posibilidad de que se concrete el anhelo de una sociedad más justa.

Así las cosas, si esta promesa educativa fracasa –por insuficiente calidad de ciertas instituciones o por el desacople entre el mercado laboral y la oferta educativa– habría un aliciente para una sensación colectiva de frustración y fracaso en las generaciones más jóvenes de los estratos populares (Canales, Opazo y Camps, 2016).

En este capítulo se evalúa la influencia del actual sistema educacional chileno sobre la reproducción o moderación de la desigualdad socioeconómica, a través de su impacto en la distribución de oportunidades. Cabe recordar que este no es el único nexo entre educación y desigualdad; también es importante el efecto de la cobertura y la calidad de los distintos niveles de enseñanza sobre la estructura de salarios relativos; para este tema ver el capítulo sobre la desigualdad en el trabajo.

Hay cuatro secciones. En la primera se presentan los conceptos de movilidad social y distribución de oportunidades, y la interrelación que existe entre ellos y la distribución de resultados socioeconómicos. En la segunda sección se identifican los componentes del sistema de educación en Chile que facilitan la reproducción de la desigualdad intergeneracional, así como aquellos que se orientan al logro de una mayor inclusión social e igualdad de oportunidades. En las dos secciones siguientes se evalúa la forma como se están distribuyendo las oportunidades de la actual generación de jóvenes en el sistema educacional. La tercera sección recurre a los datos de la prueba Pisa más reciente para medir las competencias lectoras que han adquirido los estudiantes según estrato socioeconómico del hogar de origen, y compara estos resultados con la OCDE y con diversos países de América Latina. En la cuarta sección se hace un seguimiento a una cohorte completa de estudiantes a través de la educación media, la educación superior y su inserción laboral, y se evalúa el nexo que hay entre el origen socioeconómico y los resultados de estas trayectorias.

Distribución de oportunidades y movilidad social

El concepto de movilidad intergeneracional se refiere a la correlación que existe entre la posición socioeconómica que tenían los padres en el pasado y la que tienen los hijos ya adultos en el presente (en adelante, padres e hijos). En una sociedad con poca movilidad intergeneracional, la posición social de una generación está fuertemente determinada por la

de sus padres, mientras que en el escenario de alta movilidad hay una relativa independencia de la posición social de padres e hijos.

El grado de movilidad se relaciona directamente con la distribución de las oportunidades que tienen niños y jóvenes de desarrollar las habilidades y competencias que se necesitan para integrarse a la sociedad y a la economía. La igualdad de oportunidades es un escenario ideal donde estas opciones no están predeterminadas por los recursos económicos, sociales ni culturales del hogar de origen, ni por discriminaciones de género, raza, apariencia física o de otro tipo.

Hay igualdad de oportunidades cuando los niños o jóvenes de distinto estrato social (o género, raza, etnia, etc.) obtienen *en promedio* igual logro en el ámbito educacional y demás dimensiones del desarrollo. Por supuesto que las personas en su individualidad difieren en múltiples aspectos que no tiene sentido equiparar, como los talentos y las predisposiciones que hacen de cada persona una entidad única; lo que importa aquí es que estos rasgos individuales se promedian en los grupos, y en un escenario de igualdad de oportunidades los logros no debieran diferir entre los promedios grupales. Hay desigualdad de oportunidades cuando los logros difieren entre los grupos sociales, de modo que algunos tienen ventajas sobre otros en razón de su clase social, condición de género, etnia u otra. Aquí interesan en particular las diferencias que se producen por la clase social del hogar de origen.

No hay indicadores sintéticos que cuantifiquen claramente la distribución de las oportunidades, a diferencia de los múltiples indicadores que se usan para medir la distribución de ingresos, pero es sencillo determinar si hay mayor o menor igualdad de oportunidades cotejando los logros entre los grupos sociales de interés, en particular cuando se los compara en el tiempo o entre localidades geográficas.

No hay sociedad que haya logrado una total igualdad de oportunidades. Es más, ninguna plantea que sea una buena idea intentarlo si eso requiere una intervención radical del Estado al interior de las familias; este es un ámbito en que la consecución de otros bienes sociales puede poner un límite a algunas políticas de igualdad. No obstante, hay sociedades que hoy exhiben un grado mucho más avanzado de igualdad de oportunidades que otras. Veremos que los estudiantes de distintos estratos sociales obtienen resultados educacionales mucho más parejos en los países europeos que en Chile y otros países de América Latina, y esos resultados son concordantes con muy distintos niveles de movilidad intergeneracional en esos países.

La distribución de oportunidades tiene vínculos de causa y efecto con la distribución de resultados socioeconómicos (ingresos, capital social, salud, etc.). Por una parte, una mayor igualdad de oportunidades debiera incidir en una distribución menos desigual de esos resultados. Parece obvio que la distribución de resultados socioeconómicos del futuro sería mucho más pareja si los estudiantes de distinta clase social obtuvieran en promedio igual

resultado en la prueba Simce o en el acceso a universidades de calidad. Pero aun en esa situación hipotética habría desigualdad en los resultados socioeconómicos por las diferencias individuales en materia de talentos, esfuerzo y preferencias, y en última instancia también por la suerte y una variedad de circunstancias azarosas.

Asimismo, la división del trabajo en las sociedades modernas da lugar a un conjunto de ocupaciones de mayor o menor grado de complejidad que ofrecen distintos niveles de remuneración y de prestigio social. Los individuos y grupos sociales se distribuyen entre estas ocupaciones de acuerdo con los requerimientos que se establezcan para su acceso, y hasta la fecha no se ha encontrado un modo de organizar la sociedad en que todos puedan desempeñar los trabajos más gratificantes y mejor pagados. Esta es una realidad en todas las sociedades; no obstante, en aquellas más igualitarias las diferencias de remuneración y prestigio asociadas a los trabajos son menores.

El grado de desigualdad socioeconómica condiciona cuánta igualdad de oportunidades tendrán los niños y jóvenes. Así, por ejemplo, es mucho más difícil igualar el logro escolar promedio de alumnos de distinto estrato socioeconómico en países donde la desigualdad es muy pronunciada, ya que puede haber una enorme distancia en los recursos con que cuentan los hogares, respecto de los países donde la desigualdad es menor porque las brechas iniciales se han moderado. En el mismo sentido, es frecuente que la alta desigualdad se asocie a Estados que no tienen el mandato ni la capacidad de impulsar políticas serias de igualación de oportunidades. Por ello, parece ilusorio postular que la reducción de la desigualdad social debe fundarse en la igualación de oportunidades. Más bien, para una estrategia efectiva de reducción de la desigualdad se requiere actuar tanto en la dimensión de las oportunidades como en los resultados.

La educación chilena: entre la segmentación y la inclusión social

A lo largo de la historia, en Chile ha habido dos puertas de entrada a la educación, los recursos familiares y la acción del Estado (y de la iglesia católica, especialmente en el siglo XIX) a través de escuelas gratuitas, ayuda escolar en alimento y vestuario, y leyes que hicieron obligatoria la asistencia a la escuela primaria (Serrano, Ponce de León y Rengifo, 2012). El resultado de ambos procesos ha sido un acceso a la educación segmentado por clase social, con grados de inclusión que fueron incrementándose en el tiempo hasta que a mediados de 1970 se logró la cobertura universal de la educación primaria y empezó a masificarse la enseñanza secundaria. De ahí en adelante, la diferenciación social operó principalmente en la dimensión de la calidad y los logros educativos.

La actual estructura del sistema educativo tiene su origen en las reformas de 1980. En esos años la educación pública se trasladó a la administración municipal, se introdujo un cuasimercado al hacer competir a las escuelas municipales y las particulares que recibían subvención escolar, y se permitió que privados crearan universidades, institutos profesionales y centros de formación técnica.

Esta institucionalidad profundizó la segmentación social que caracterizaba desde mucho antes a la educación chilena. Antes de la dictadura había tres circuitos escolares: los estudiantes de clase alta asistían a colegios privados pagados, los de clase media estudiaban preferentemente en liceos públicos y aquellos de extracción popular cursaban solo algunos años de enseñanza básica en las escuelas primarias públicas o privadas subvencionadas. Las universidades, si bien gratuitas, estaban reservadas para una pequeña parte de la población que lograba aprobar los exigentes requisitos de acceso y cuyas familias podían seguir manteniéndola. Según Bernasconi y Rojas (2004), en 1967 se matricularon 55.000 alumnos en el sistema universitario, es decir el 7% de la cohorte entre 20 y 24 años de edad.

La reforma de los años ochenta reforzó la estratificación social a través de dos canales. En primer término, por la diferenciación que indujo entre escuelas privadas subvencionadas y municipales. A las primeras se les permitió operar como entidades que podían obtener utilidades, lo que sumó a la oferta tradicional de escuelas religiosas un numeroso contingente de nuevos establecimientos privados. Muchos de ellos buscaron atraer a las familias de clase media ofreciéndoles un ambiente social más homogéneo y símbolos de distinción, infraestructura deportiva y similares. Los más exitosos pusieron en marcha exámenes de admisión para seleccionar a los estudiantes con mayor capacidad de aprendizaje. De este modo, el sector privado subvencionado empezó a congregarse a alumnos de clase media y las escuelas municipales se fueron quedando a cargo de aquellos estudiantes de menor condición socioeconómica y/o más difíciles de educar.

Esta diferenciación entre escuelas particulares subvencionadas y municipales tuvo un fuerte impulso tras la introducción en 1994 del financiamiento compartido, un esquema de copagos para el sector particular subvencionado que tenía el propósito de allegar más recursos al sistema educacional. Sin embargo, la segmentación socioeconómica en las escuelas financiadas por el Estado (municipales y particulares subvencionadas) se profundizó, puesto que los estudiantes de hogares de clase media contaban tanto con financiamiento privado (el copago) como con el público, lo que les permitía dejar atrás a las familias de menos recursos.

Al financiamiento compartido se agrega la consolidación de la oferta de colegios particulares pagados para los hogares de ingresos altos, cuyos costos están lejos de lo que puede pagar el promedio de los hogares chilenos y que, por lo demás, operan con exigentes mecanismos de admisión que les permiten filtrar a los postulantes. Son casi el 10% de la matrícula, que se ha mantenido estable en el tiempo. Este puñado de colegios es uno de los espacios por excelencia donde las clases altas y medias altas forjan redes de sociabilidad y desarrollan un

habitus que los distingue, en uno de los mecanismos centrales para lograr lo que el sociólogo Frank Parkin (1979) denominó el “cierre social” de los grupos más privilegiados.

El segundo canal por el cual se profundizó la segmentación en el sistema educativo fue el acceso a las nuevas instituciones de educación superior, que ahora dependió de la capacidad de pago de las familias. Como estas entidades no dispusieron de financiamiento fiscal, todo el costo de la educación terciaria recayó en los hogares. Las universidades tradicionales también empezaron a cobrar, aunque disponían de crédito fiscal para los alumnos que no tenían los medios para solventar el costo. No obstante, en este sector la capacidad de pago también operó como un mecanismo de selección además de los requerimientos académicos de acceso, que, en el segmentado sistema educacional chileno, están muy correlacionados con el estrato social. Actualmente, en las dos principales universidades del país el 66% y el 36% de los estudiantes proviene de colegios particulares pagados. En el conjunto del sistema universitario esta proporción fluctúa entre el 92% y el 2%, una clara demostración de la fuerte segmentación social que hay en el sistema.

Además del citado esquema de financiamiento compartido, el sistema de financiamiento que introdujo la reforma de los ochenta tuvo un solo cambio con la llegada de la democracia: el reemplazo del crédito fiscal estudiantil en las instituciones del Consejo de Rectores (universidades tradicionales y derivadas) por un sistema de crédito con pago contingente al ingreso (Fondo Solidario).¹ El nuevo sistema es semejante al de países desarrollados como Australia e Inglaterra, y mucho menos riesgoso para los jóvenes, puesto que el compromiso que asumen es un pago futuro proporcional a los ingresos que obtengan, mientras que en el esquema original era obligatorio pagar un monto fijo mensual, independientemente del nivel de ingresos. Más tarde, en el año 2005, se introdujo un sistema de crédito para los estudiantes de las nuevas universidades privadas, de los institutos profesionales y centros de formación técnica: el crédito con aval del Estado, CAE. Este sistema no contemplaba pago contingente al ingreso y operó a tasas de interés más altas que el Fondo Solidario. Además, estaba intermediado por la banca comercial.

No obstante la segmentación del sistema educativo, los gobiernos democráticos han sido muy activos en poner en marcha reformas e iniciativas orientadas a mejorar las condiciones de la enseñanza y conseguir mejores resultados educativos, especialmente para los estudiantes de menos recursos. El esfuerzo realizado ha sido enorme, como lo demuestra el volumen de recursos que se destinó al sector. Como se observa en el Cuadro 1, entre 1990 y 2015 el gasto público por habitante en educación aumentó seis veces en términos reales, y como porcentaje del PIB creció desde el 2,5% al 4,7%.

CUADRO 1 Gasto público en educación, 1990 a 2015

Año	% del PIB	Índice per cápita
1990	2,5	100
1995	2,9	152
2000	3,7	241
2005	3,6	308
2010	4,0	436
2015	4,7	584

Fuente: Elaboración propia a partir de Dipres, Estadísticas de las Finanzas Públicas, años respectivos.

Esta proactividad tuvo por trasfondo el papel protagónico que se le asignó a la educación en la estrategia de “crecimiento con equidad” promovida por los gobiernos posteriores a 1990. La educación debía aportar al crecimiento económico con recursos humanos más calificados y productivos, y debía igualar oportunidades y reducir las brechas de aprendizaje entre los jóvenes. Muchas de las iniciativas de política pública apuntaron en esta última dirección. Destacan las siguientes:

- Hubo una mejora sustantiva en las condiciones de trabajo de los profesores en la educación municipal, que congrega a los alumnos de menos recursos. La reforma de 1980 les había quitado la condición de funcionarios públicos para convertirlos en empleados municipales, con lo que quedaron desprovistos de la estabilidad laboral que proporcionaba la carrera funcionaria. A ello se sumó la caída en sus remuneraciones reales por el recorte en el gasto fiscal durante el ajuste de los ochenta. Con la llegada de la democracia comenzaron a recuperar la estabilidad y la carrera laboral por medio del Estatuto Docente, y han incrementado sus remuneraciones puesto que una fracción significativa del aumento del gasto público en educación tuvo por destino, directo o indirecto, los salarios de los profesores.
- A inicios de los noventa se implementó un conjunto de políticas destinado a dotar de mejor infraestructura y recursos a los establecimientos educacionales. Entre estas iniciativas se cuentan las políticas orientadas a “subir el piso” de las escuelas más vulnerables, como los programas P-900 y MECE/Rural; los programas de Mejoramiento de la Calidad de la Educación (MECE), que aportaron infraestructura e insumos educacionales a los colegios municipales y subvencionados; los planes de fortalecimiento de la formación inicial docente y la instalación de computadores y conocimiento informático en todas las escuelas del país (programa Enlaces).
- Entre 1997 y 2007 se implementó la jornada escolar completa (JEC), que agregó horas de clases a la jornada escolar y más tiempo para actividades de apoyo al trabajo pedagógico y de recreación de los estudiantes, una medida que buscaba favorecer especialmente a los niños y jóvenes que carecían de un espacio pedagógico en sus hogares y de lugares seguros de recreación en sus barrios. La JEC representó un esfuerzo fiscal de envergadura,

pues hubo que eliminar el doble turno en los establecimientos educacionales, con los consiguientes requerimientos de infraestructura y tiempo de profesores.

- En el 2003 se promulgó la ley que extiende la enseñanza obligatoria hasta el egreso de la enseñanza media, una medida dirigida a los jóvenes de estrato socioeconómico bajo, puesto que en los sectores medios y altos la norma ya se cumplía. Esta ley se acompañó de una subvención por retención que se entrega a los establecimientos exitosos en retener en la enseñanza a los alumnos más vulnerables. Posteriormente se prohibió la expulsión de adolescentes madres o embarazadas.
- Ese mismo año se pone en marcha el Sistema de Evaluación Docente, una evaluación individual de carácter formativo y obligatorio que se aplica a los profesores del sector municipal. El objetivo de esta evaluación es fortalecer la práctica docente identificando a aquellos profesores que destacan en su trabajo y a aquellos que deben mejorar su práctica docente; a estos se les entregan herramientas y lineamientos para mejorar su desempeño en el aula.
- En 2008 se introdujo la ley de subvención preferencial, que incrementó significativamente el monto de la subvención escolar para alumnos del 40% más pobre de la población. Esta iniciativa reconocía que para la igualdad de oportunidades en la educación se requiere invertir más en los estudiantes provenientes de familias vulnerables, de modo de compensar por la menor dotación de capital económico y cultural.
- Ese mismo año se introduce el principio de no selección en el acceso de los estudiantes hasta el sexto grado de la enseñanza básica. No obstante, se permitió que los establecimientos tuviesen requisitos de acceso a partir del séptimo grado, una norma compatible con la noción de “liceos de excelencia”, y que situaría la selección en una etapa donde tendría mayor peso relativo el esfuerzo personal.
- En el último período se ha puesto en marcha una reforma educacional de envergadura mayor, que buscaría modificar la estructura profunda del sistema vigente. Así, a fines de 2016 estaba en proceso legislativo el término de la municipalización educacional y su reemplazo por servicios locales financiados centralmente. Por otra parte, la ley de inclusión, promulgada en 2015, prohibió la selección en los establecimientos con financiamiento público, puso fin al copago en la educación particular subvencionada y derogó el retiro de utilidades (lucro) de estos establecimientos. La implementación de las últimas dos medidas es gradual y comienza en 2018.

A lo largo del período hubo también cambios fundamentales en la institucionalidad de la educación: se crearon organismos para la calidad y la regulación del sector, se puso en marcha un sistema de carrera docente, se reformó el currículo, se creó la Subsecretaría de Educación Parvularia y se multiplicó la dotación de establecimientos de ese nivel de enseñanza.

La generalidad de estas iniciativas se relacionan con la enseñanza básica y media. En contraste, la educación superior estuvo prácticamente desprovista de atención por parte de la política pública, salvo los referidos sistemas de crédito estudiantil. De esta manera, la gran expansión de la matrícula de la enseñanza superior, que se observa nítidamente en el Cuadro 2, tuvo lugar en un marco desregulado, sin instancias de coordinación ni resguardos de la calidad de los estudios. La situación empezó a cambiar después de las masivas movilizaciones de protesta en 2011. En el segundo gobierno de Michelle Bachelet se ha propuesto una reforma del sector que incluye la instalación gradual de la gratuidad de la enseñanza, una Subsecretaría de Educación Superior y la creación de más universidades estatales, entre otras iniciativas.

CUADRO 2 Cobertura de la población de 20-24 años (%)

Año	Egresos de educación media	Ingresos a educación superior
1990	52,5	20,3
1995	63,1	32,4
2000	68,1	32,6
2005	80,2	40,8
2010	82,4	46,9
2015	86,2	54,9

Fuente: Elaboración propia a partir de datos encuestas Casen, años respectivos.

¿Cuán desiguales son los resultados educacionales en Chile en la comparación internacional?²

Hay razones para suponer un considerable grado de desigualdad de oportunidades en los resultados educativos en el país. En efecto, la elevada desigualdad de recursos entre los hogares debiera transmitirse a la distribución de los logros escolares, a través de un desigual desarrollo temprano de los niños y desigual acceso a recursos educativos. Asimismo, la estructura segmentada de financiamiento del sistema heredado de 1980 favorece la reproducción de la estratificación social. Pese a ello, un conjunto importante de las políticas implementadas en los últimos veinticinco años ha tenido por objetivo fortalecer la inclusión social en el sistema educacional chileno. Este factor debiera compensar al menos parcialmente el efecto de los citados mecanismos.

En esta sección se usa la base de microdatos de la prueba PISA 2012 (la más reciente) para evaluar qué grado de desigualdad de oportunidades existe actualmente en la educación chilena.

Los datos de la prueba PISA tienen varios atributos positivos. Primero, el logro escolar se evalúa a través de un instrumento de alta calidad técnica, que mide si los estudiantes de quince años han adquirido el conjunto de habilidades y competencias en lectura, matemáticas y ciencias que se requieren para funcionar adecuadamente en las sociedades actuales. Segundo, recolecta datos de los hogares de los estudiantes y con ellos construye un índice socioeconómico basado en los bienes del hogar, los años de escolaridad y el estatus ocupacional de los padres. Tercero, los resultados son comparables entre los 64 países y las tres regiones de China que aplicaron el instrumento en 2012, lo que permite conocer cuán desigual es la distribución de oportunidades para Chile en el contexto internacional. Entre los países incluidos en la medición hay ocho de ingreso medio de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, México, Perú y Uruguay). La muestra total consta de 310.000 casos, que representan a una población cercana a 28 millones de alumnos de quince años.

A continuación se evalúan los resultados de la prueba PISA en cuatro dimensiones: nivel de logro, desigualdad de logro según estrato social, desigualdad de recursos y segregación social entre establecimientos. Por simplicidad, el análisis aquí se refiere a la prueba de lectura, puesto que es la competencia básica sin la cual no pueden desarrollarse las demás. Los resultados para Chile se comparan con dos grupos relevantes: i) los miembros de la OCDE, en su mayoría países desarrollados, por lo cual representan, en ciertos aspectos, un buen modelo; y ii) los países de la región, que conforman un grupo más cercano en cuanto a su historia y nivel de desarrollo.

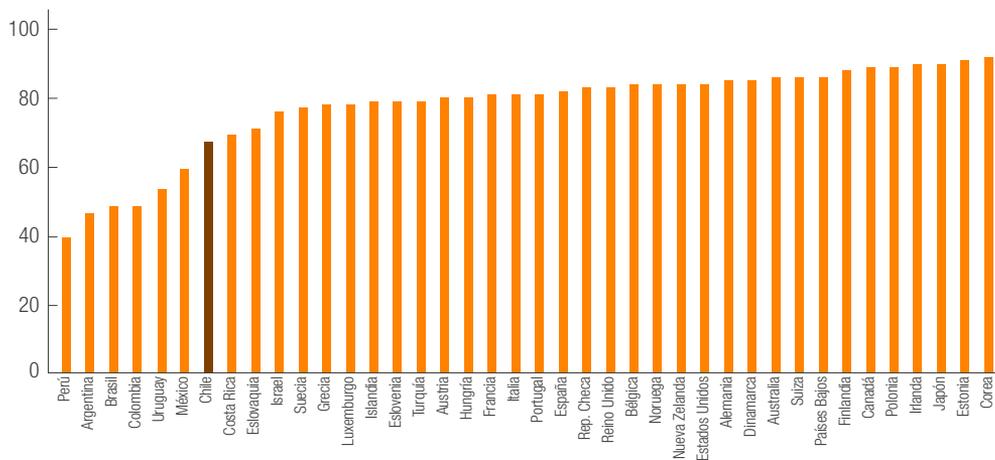
Los resultados obtenidos en la prueba PISA permiten clasificar a los estudiantes en seis niveles, según el cumplimiento de estándares de desempeño. El nivel 1 denota un cumplimiento inferior al mínimo requerido; en este nivel de la prueba de lectura califican quienes tienen dificultades para entender lo que leen, para localizar información simple en un texto, para interpretar contenidos básicos y para identificar similitudes y contrastes para una palabra, entre otras habilidades.

En el Gráfico 1 se presenta la posición de Chile y los demás países en el nivel de logro educacional, medido como el porcentaje de estudiantes que demuestra tener competencias lectoras superiores al mínimo (nivel 2 a 6). Con el 68% de estudiantes en esta condición, Chile obtiene el segundo lugar en América Latina, después de Costa Rica, y se halla a considerable distancia de los cuatro países de la región donde menos de la mitad de los estudiantes alcanza este nivel mínimo. No solo eso, sino que muestra un importante avance en el tiempo, porque en la medición del año 2001 solo el 48,2% de los estudiantes cumplía con el estándar mínimo en lectura. Aquella medición consideró solo a cinco países de la región y Chile estaba detrás de Argentina y México, países a los que ahora supera.

Sin embargo, en este ranking Chile ocupa el penúltimo lugar entre los países de la OCDE. En casi todos ellos el porcentaje de estudiantes con capacidades lectoras excede el 80%, y

en varios es cercano al 90%. En suma, si bien ocupa una buena posición en la región, se encuentra aún muy a la zaga del grupo de países a los que podría emular.

GRÁFICO 1 Estudiantes con algún grado de competencia lectora (puntos porcentuales)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la prueba PISA 2012.

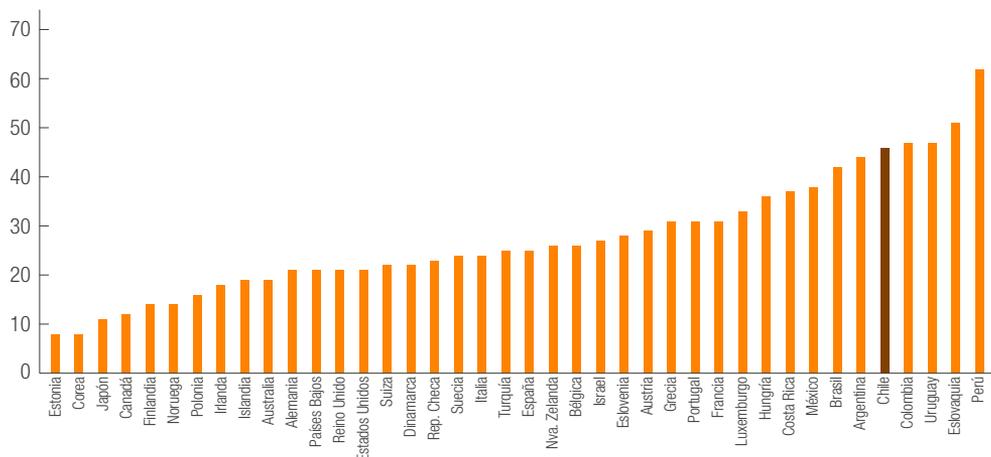
La segunda dimensión, la desigualdad de oportunidades en los resultados de la educación, se mide en función de la brecha entre los quintiles quinto y primero del resultado anterior. Específicamente, el indicador es la diferencia entre el porcentaje de estudiantes del quintil quinto que cumple con el estándar mínimo y el porcentaje de alumnos del primer quintil en igual condición. Los quintiles se definen en cada país sobre la base del índice socioeconómico de los hogares provisto por la OCDE.

En una situación de perfecta igualdad de oportunidades no debiera haber una brecha de resultados entre los promedios de los quintiles socioeconómicos, puesto que la desigualdad de origen (hogar paterno) debiera ser totalmente compensada por acciones de política pública. Como se podría esperar, la dificultad que implica este desafío es tal que ningún país ha logrado el ideal normativo. Lo relevante es saber cuánto se alejan de ese estándar.

Como se observa en el Gráfico 2, en un grupo de países desarrollados la brecha entre quintiles es de menos de 20 puntos porcentuales, pero en la mayoría fluctúa entre 20 y 30 puntos porcentuales. En cambio, todos los países latinoamericanos incluidos en la PISA 2012 tienen brechas superiores a 35 puntos porcentuales. Perú ocupa el último lugar del ranking, con una brecha de más de 60 puntos porcentuales entre los referidos quintiles.

En el ranking de menor a mayor desigualdad, Chile ocupa el lugar quinto en la región después de Costa Rica, México, Brasil y Argentina, y el lugar 33 de los 34 países que en 2012 integraban la OCDE: un mal resultado en materia de igualdad de oportunidades.

GRÁFICO 2 Diferencia entre quintiles 5 y 1 en porcentaje de alumnos con competencias de lectura (%)



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la prueba PISA 2012.

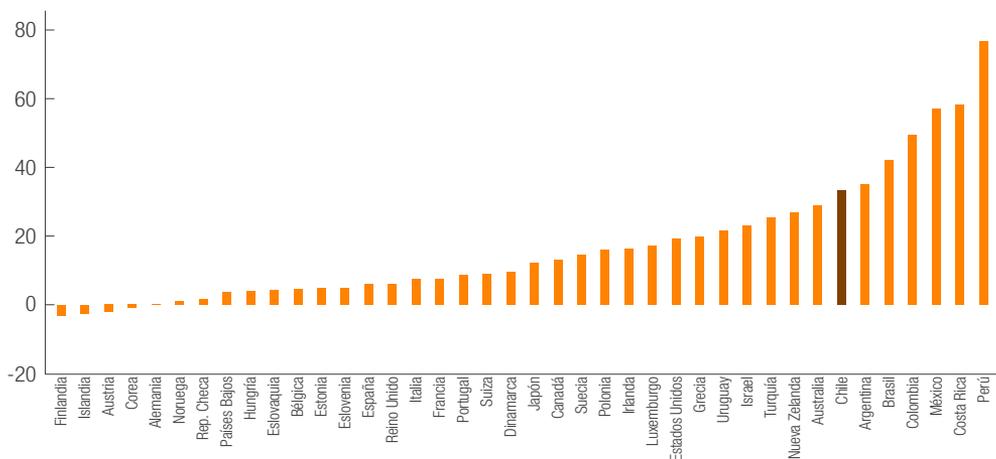
La tercera dimensión es la distribución de los recursos en las escuelas, que se evalúa sobre la base del coeficiente de concentración de los insumos educativos. Para cuantificar esta dimensión, la población de estudiantes de cada país se ordena según el índice socioeconómico y luego esta distribución se correlaciona con la disponibilidad de recursos educativos en las escuelas a que asisten. La disponibilidad de recursos en las escuelas se mide con un índice que incluye materiales de enseñanza, computadores, conectividad a internet, softwares para la enseñanza, recursos audiovisuales, equipos de laboratorio y de biblioteca; el índice fluctúa entre un mínimo de 0 y un máximo de 100. El coeficiente de concentración informa si los recursos de las escuelas aumentan o disminuyen junto con el nivel socioeconómico de los hogares, y si dan lugar a distribuciones progresivas o regresivas de los recursos educativos.

En el Gráfico 3 se presenta el coeficiente de concentración, expresado como porcentaje del índice de Gini, para los países de América Latina y de la OCDE. Mientras más elevada es esta ratio mayor es la concentración de los recursos educacionales en los estratos más acomodados. En cambio, valores negativos de la ratio señalan que los recursos educativos se concentran en los estudiantes de hogares vulnerables. Valores bajos pero positivos muestran que la distribución es mucho menos concentrada que los recursos del hogar, pero que sigue habiendo proporcionalidad entre ambas distribuciones.

Quince miembros de la OCDE tienen valores bastante bajos del indicador, en el rango de 0% a 10%. Otros cinco presentan un indicador negativo, en cuyo caso las escuelas que reciben a alumnos de hogares desaventajados en lo socioeconómico cuentan con mayores recursos educacionales por efecto de la política de igualación de oportunidades. En contraste, siete de los ocho países de América Latina presentan los valores más elevados, por lo que la organización de los sistemas educativos en la región está lejos de contribuir a la igualdad de

oportunidades. En el Gráfico 3 se aprecia que hay países de la región que se muestran como verdaderos *outliers* al compararlos con la norma de los países más desarrollados. La excepción es Uruguay, que ocupa el lugar 13 en un total de 40 países considerados en este análisis. Chile ocupa el segundo lugar en la región, después de Uruguay, y está a considerable distancia de los cuatro países latinoamericanos con los niveles más altos de desigualdad en esta materia.

GRÁFICO 3 Desigualdad de recursos educativos entre las escuelas



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de la prueba PISA 2012.

Nota: La desigualdad de recursos se mide como el coeficiente de concentración de recursos en las escuelas como porcentaje del Gini.

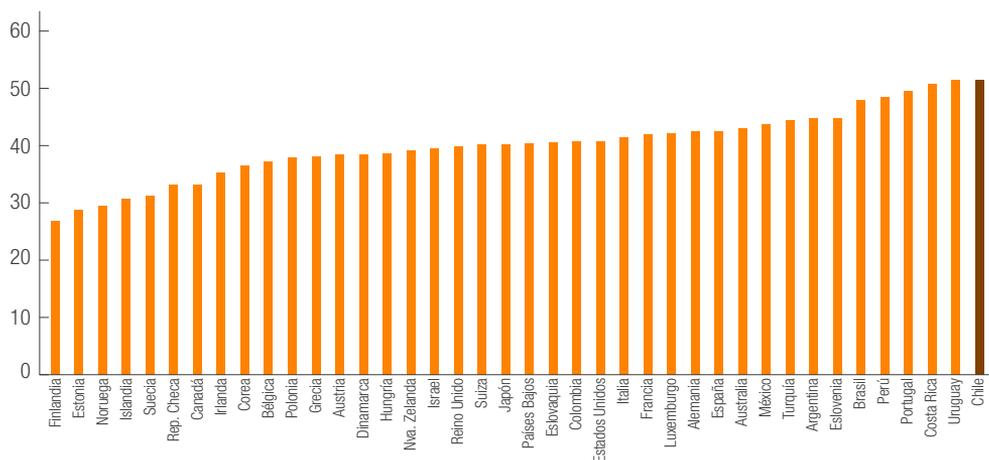
La última dimensión que se examina es la segregación social entre escuelas. A este respecto, una función importante del sistema educacional es su contribución a la integración social a través de la transmisión de normas y valores compartidos, pero también que estudiantes de diferentes estratos sociales, étnicos o culturales compartan en un mismo espacio físico. Esta convivencia permite cultivar la tolerancia y generar lazos de confianza, que contribuyen a la democracia y la cohesión social. El reverso de la integración es la segregación, esto es, la concentración de estudiantes de un mismo grupo social en un conjunto determinado de establecimientos educacionales.

Aquí el indicador es el índice de disimilitud de Duncan, que mide el nivel de segregación de un grupo social en una escala entre 0 y 1. El valor de 0 corresponde a la integración total, en la cual el grupo se distribuye en forma pareja a lo largo del espacio social (escuelas), mientras que el valor 1 corresponde al caso en que el grupo se segrega completamente (se concentra en un conjunto de escuelas, sin presencia de estudiantes de otros grupos). El índice de Duncan se puede aplicar a grupos raciales, étnicos, religiosos y otros. En este libro la variable de interés es socioeconómica, por lo que se trabaja con los estudiantes del quinto quintil del índice socioeconómico PISA. La pregunta es en qué grado los estudiantes

del 20% más acomodado conviven con alumnos de otros estratos socioeconómicos en las escuelas. El ejercicio se repitió considerando en conjunto a los alumnos de los quintiles 4 y 5, sin mayor cambio en los resultados.

Los resultados del Gráfico 4 muestran que los países nórdicos son los que más se acercan a la integración social del quintil quinto en las escuelas, mientras que los países latinoamericanos son los más se alejan, pues presentan los mayores niveles de segregación social en las escuelas. Chile comparte la última posición en este ranking, junto a Uruguay y Costa Rica.³

GRÁFICO 4 Segregación social entre escuelas: Índice de Duncan, quintil quinto



Fuente: Elaboración propia a partir de datos de la prueba PISA 2012.

En suma, para las cuatro dimensiones analizadas, los resultados de Chile y el resto de los países de la región se alejan de la mayoría de los países desarrollados. Latinoamérica exhibe mayores déficits en el logro escolar y una elevada desigualdad. Chile muestra resultados muy dispares comparado con la región: el mejor logro promedio en lectura después de Costa Rica, pero una gran desigualdad entre estratos sociales; la peor situación de segregación entre escuelas, pero un bajo nivel de desigualdad de recursos entre ellas.

Estos resultados son consistentes con la ambivalente situación de los factores que determinan los resultados escolares en el país. Como se ha señalado, Chile ha hecho un enorme esfuerzo por mejorar la calidad y equidad de la educación en los últimos veinticinco años, incluyendo cambios en el currículo, la extensión de la jornada escolar, la dotación de computadores en las escuelas, la subvención preferencial para estudiantes de familias vulnerables, la sextuplicación del gasto público por habitante, etc. Por otra parte, a la elevada desigualdad de recursos que hay entre los hogares se suma la organización estratificada del sistema educacional, que tiende a reforzar las desigualdades de origen. Esta constelación de factores puede explicar por qué, en el contexto latinoamericano, el país obtiene buenos logros educacionales y menor

desigualdad en la asignación de los recursos educativos por escuelas, al tiempo que exhibe el mayor grado de segregación escolar.

Trayectorias educacionales y distribución de oportunidades en la educación superior

En los últimos veinticinco años la matrícula de educación superior en el país ha crecido muchísimo. El número de estudiantes de pregrado prácticamente se quintuplicó, hasta alcanzar 1.150.000 estudiantes en 2015. El mayor acceso a la educación superior durante la última década (2006-2015) se focalizó en los grupos de ingresos medios y bajos. En los dos quintiles inferiores aumentó de 21% a 45%, en el quintil 3 de 37% a 49%, y en el quintil 4 de 47% a 60%. El quintil quinto se mantuvo estable en 85%.⁴ No obstante, hay diferencias significativas en el tipo de instituciones a las que acceden. Los jóvenes del estrato alto estudian preferentemente en universidades de mejor calidad (medida por los años de acreditación), mientras que aquellos de estrato más bajo lo hacen en institutos profesionales y centros de formación técnica, así como en universidades de peor calidad, como se ve en el mapa de la desigualdad del capítulo segundo.

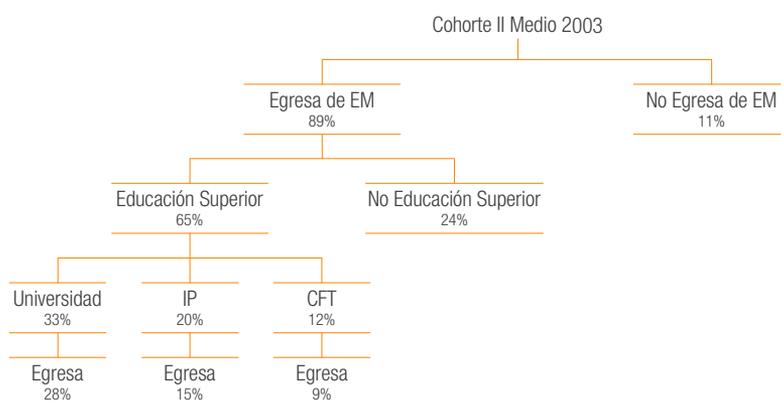
La matrícula de la educación superior se expandió porque aumentó la disponibilidad de financiamiento para los estudiantes de instituciones que no pertenecen al Consejo de Rectores, los que hacia mediados de los 2000 obtuvieron por primera vez acceso masivo a becas y créditos. También es cierto que el gasto familiar en educación superior en el país, correspondiente al 1% del PIB, sigue siendo uno de los más elevados del mundo (OCDE, 2016b).

Este acceso masivo a la educación superior ha generado expectativas de movilidad social en buena parte de los hogares chilenos, y ha sido avalado por el discurso público que sitúa a la educación como eje del desarrollo del país; por eso los resultados del proceso serán muy importantes, no solo para el desarrollo económico y social del país sino para los sentimientos de inclusión o exclusión que tengan las personas respecto del modelo de desarrollo vigente. Esta sección evalúa esos resultados siguiendo una cohorte estudiantil completa en su paso por la educación superior y luego en el proceso de inserción en el mercado laboral.

Se cuenta con datos individuales de la trayectoria educacional e inserción laboral de los 224.622 estudiantes que rindieron la prueba Simce de segundo medio en 2003, grupo que en adelante se denominará “la cohorte”.⁵ Esta no cubre a todos los jóvenes de la generación, puesto que alrededor del 10% de ellos no cursó segundo medio. En la Figura 1 se muestra la trayectoria de la cohorte a través de hitos principales: egreso de la educación media, acceso a la educación superior y egreso de la educación superior. El 65% de la cohorte ingresó a alguna institución de educación superior y el 52% había completado sus estudios en 2014.

Que el 52% de los jóvenes de la cohorte haya completado estudios superiores da cuenta de la importancia que los hogares le otorgan a este nivel de enseñanza. Pero esta gran cantidad de personas egresadas hace urgente la pregunta de cómo se conecta la oferta de egresados del sistema universitario con la demanda real del sistema productivo chileno por personal calificado. Una de las frustraciones que pudiese experimentar un gran número de estudiantes salidos del sistema terciario es que no encuentren cabida en empleos bien remunerados, lo que crea una tensión entre la promesa de la educación y el mercado laboral. En la misma línea, estos datos levantan preguntas acerca de la calidad de la educación que se ofrece, tanto privada como pública.

FIGURA 1 Trayectoria de la cohorte (% sobre el total de la cohorte)



Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos del MINEDUC.

Nota: EM: enseñanza media; IP: instituto profesional; CFT: centro de formación técnica.

Por cierto, algo menos de la mitad de los estudiantes que ingresaron a la educación superior cursaron estudios en carreras de dos o cuatro años (CFT e IP), y una parte de ellos lo hizo en jornada vespertina, mientras tenía un trabajo remunerado. Muchos de estos últimos volvieron a estudiar después de unos años de haber egresado de la enseñanza media. En general, no hay distinciones de género en las trayectorias educacionales, con la excepción del tipo de carreras que se cursa, pues las mujeres tienden a estar sobrerrepresentadas en las pedagogías, el área de la salud y otras relacionadas con el cuidado.

Estratificación socioeconómica para el análisis de las trayectorias

La clasificación de la cohorte en estratos socioeconómicos se realiza a partir de la escolaridad de los padres, variable que informa la base de datos de la prueba Simce de segundo medio.

Específicamente, se usa el nivel de escolaridad más alto entre la madre y el padre. Esta base contiene también datos de ingresos de los hogares, pero en tramos que son muy agregados para fines del presente análisis.

La cohorte fue dividida en cuatro grupos socioeconómicos:

- Grupo bajo: el 35% de los hogares de la cohorte, incluye a padres con escolaridad entre 0 y 11 años. Se probó con clasificaciones más desagregadas de este grupo, pero sus trayectorias educacionales y laborales eran muy similares entre sí, de modo que no aportaban información adicional. La denominación “grupo bajo” responde en este caso solo a un criterio ordinal.
- Grupo medio bajo: conformado por otro 35% de los hogares, aquí la escolaridad más alta de los padres son doce años de estudios. Nuevamente, la denominación “medio bajo” proviene del orden de la clasificación.
- Grupo medio: conformado por el 23% de hogares; en este grupo el nivel más alto de escolaridad de los padres son estudios superiores, exceptuando a los profesionales universitarios con hijos que asisten a colegios particulares pagados.
- Grupo alto: corresponde al 7% de hogares y cumple dos condiciones: la escolaridad más alta de los padres corresponde a un profesional universitario y el estudiante asiste a un colegio particular pagado. El objetivo de esta clasificación es identificar a los estudiantes del estrato más alto de la población, habida cuenta de que este segmento accede a ingresos y recursos bien por encima del promedio.

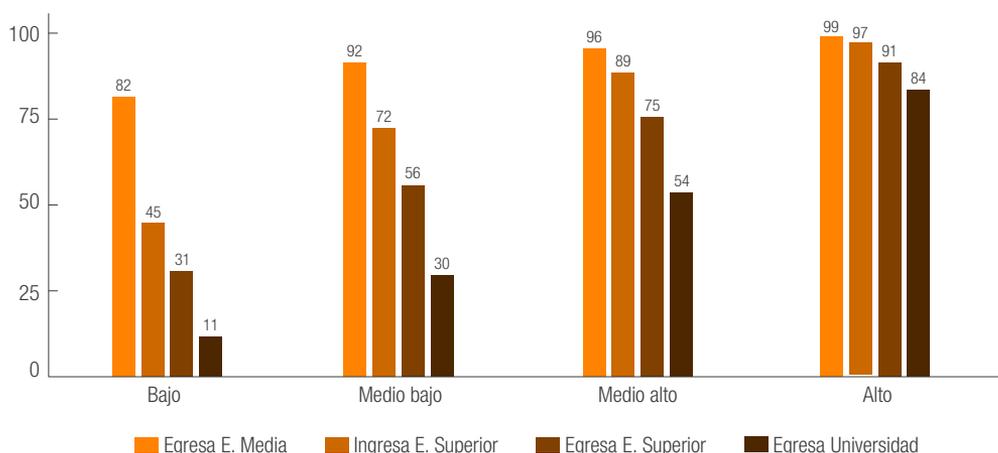
Como siempre, la clasificación en estratos o grupos socioeconómicos debe interpretarse como la mejor aproximación que permiten los datos disponibles para una realidad que siempre es más compleja.

En el Gráfico 5 se presentan los hitos de la trayectoria educacional según estrato socioeconómico de los estudiantes. Los resultados son muy claros: el avance en las trayectorias está fuertemente determinado por la condición socioeconómica del hogar paterno, lo que implica que hay un significativo grado de desigualdad en las oportunidades educacionales. La brecha más importante está en la posibilidad de cursar y egresar de estudios universitarios. De cada 100 alumnos del estrato bajo de la cohorte, solo 11 completan estudios universitarios, mientras que en el estrato alto lo hacen 84 de cada 100.

Por otra parte, es significativo que el 45% de los estudiantes del estrato bajo y el 72% del estrato medio bajo haya ingresado a cursar estudios de nivel terciario. Todos ellos son alumnos de “primera generación”, son los primeros de sus familias nucleares en acceder a estudios superiores. No obstante, estos grupos tienen elevadas tasas de deserción en este nivel de

enseñanza: un tercio del estrato bajo y una cuarta parte del estrato medio bajo no finalizó sus estudios. La información disponible no permite conocer las razones del abandono, si se debió a mal rendimiento por déficit de la educación escolar, a la necesidad de trabajar por problemas económicos en el hogar o a una decepción con los estudios que se cursaban. Como sea, la mayoría de este grupo cursa sus estudios superiores en instituciones de mala calidad académica y en carreras de poco prestigio. En los grupos medio y alto la tasa de deserción asciende al 15% y al 9%, respectivamente.

GRÁFICO 5 Trayectoria educacional de la cohorte por estratos socioeconómicos (%)



Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos del MINEDUC.

La relación entre estrato socioeconómico y trayectoria estudiantil que se aprecia en el Gráfico 5 es la síntesis de un conjunto amplio y eventualmente complejo de procesos y mecanismos a través de los cuales la condición socioeconómica del hogar influye sobre los resultados educativos. Algunos de estos son las condiciones del desarrollo temprano de niños y niñas, la formación escolar, la influencia de los pares y de los modelos en el barrio y en las escuelas, las expectativas que forman sobre su futuro, los recursos educativos en los hogares y en los establecimientos educacionales, el acceso a financiamiento para la educación superior y otros. Cuantificar el efecto de cada uno de ellos es una tarea muy exigente en cuanto a metodologías y requerimiento de datos, que excede el ámbito de este volumen.

En todo caso, cabe notar que la desigualdad de oportunidades ya está plenamente instalada en segundo medio, como se observa en el Cuadro 3, donde se muestra la distribución de los alumnos entre los cuartiles del puntaje de la prueba Simce. Si la igualdad de oportunidades fuera efectiva, en cada cuartil debiera haber el 25% de alumnos de cada estrato socioeconómico, norma que está muy lejos de la distribución efectiva de los alumnos de la cohorte en el año 2003. Así, por ejemplo, el 82% de los estudiantes del estrato alto califica en el cuartil superior de puntajes de la prueba Simce, versus el 11% del estrato bajo.

De hecho, la desigual distribución de resultados educacionales según nivel socioeconómico ya aparece en las mediciones del Simce de cuarto básico y en evaluaciones realizadas en la etapa preescolar. Estas diferencias tienen un efecto de largo plazo, puesto que las habilidades cognitivas y no cognitivas se van formando de modo acumulativo en el tiempo. De allí la importancia de los primeros años de vida, en que se instalan capacidades basales sobre las cuales se construyen las demás habilidades (ver recuadro).

IMPORTANCIA DE LA EDUCACIÓN PREESCOLAR

En los primeros años de vida se sientan las bases del desarrollo de habilidades basales en los niños, tanto cognitivas como sociales. Este desarrollo depende directamente del entorno familiar, que va más allá de la condición socioeconómica del hogar o de la escolaridad de los padres, pues también abarca el clima y las relaciones interpersonales al interior de la familia. El hogar no es solo un espacio de estimulación cognitiva, sino también de crianza, por lo que debe ser un lugar que dé contención y seguridad emocional a los niños.

En este contexto, las desigualdades en experiencias y aprendizajes durante la primera infancia se traducen en un conjunto de brechas de habilidades cognitivas y sociales que si no se nivelan en su momento tenderán a profundizarse en el tiempo. Cabe destacar la importancia de las habilidades no cognitivas como el complemento fundamental de las cognitivas, ya que determinan aquellos aspectos de la personalidad que se vinculan con el éxito escolar y laboral: capacidad de atender, perseverancia, control del impulso y sociabilidad, entre los más importantes.

Para el caso de Chile, Contreras y Puente (2016) encuentran que las características del hogar inciden crecientemente en las diferencias de resultados de los niños (medidos por pruebas de lenguaje y vocabulario). A los dos años de edad, las características del hogar explican el 12,5% de la variabilidad de resultados, mientras que a los cuatro años esta cifra asciende a 25,5%, es decir, se duplica.

Los efectos negativos de condiciones de origen adversas se pueden revertir con programas de educación parvularia de calidad. Se ha demostrado que la inversión en educación preescolar desde el nacimiento hasta los cinco años disminuye la brecha de resultados por origen socioeconómico, reduce la probabilidad de asistir a educación especial y se vincula también con estilos de vida más saludables (Heckman y otros, 2010).

CUADRO 3 Distribución de estudiantes de la cohorte en rendimiento de la prueba Simce, según nivel socioeconómico (%)

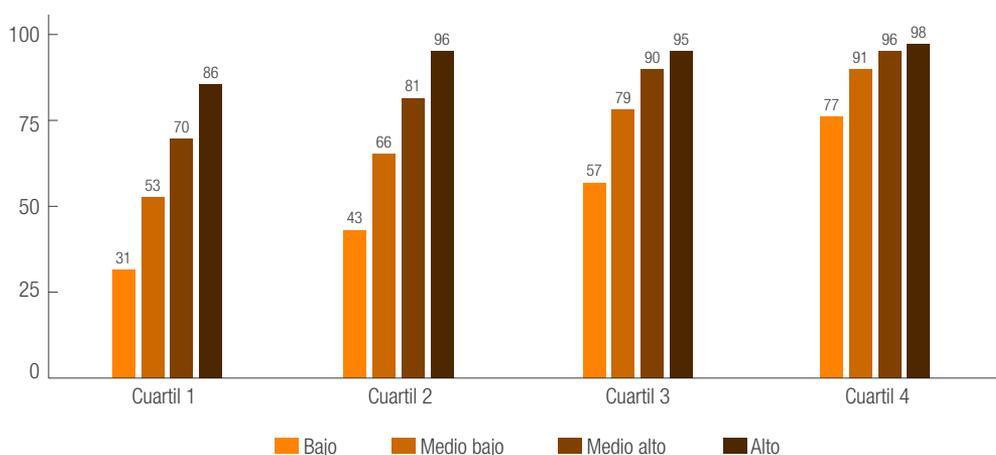
Rendimiento Simce	Estrato socioeconómico				Total
	Bajo	Medio bajo	Medio	Alto	
Cuartil 1	34,9	22,0	11,6	2,1	24,8
Cuartil 2	30,6	25,4	16,6	3,7	25,0
Cuartil 3	23,3	28,2	26,7	12,7	25,1
Cuartil 4	11,2	24,4	45,1	81,5	25,1
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración propia a partir de datos administrativos del MINEDUC.

Desigualdad de oportunidades en la educación superior

El hecho de que las oportunidades educacionales estén desigualmente distribuidas en segundo medio no significa que permanezcan inalteradas en las siguientes etapas de las trayectorias educacionales. En principio, los resultados educacionales podrían volverse más desiguales por el efecto acumulativo de la formación de habilidades en el tiempo, o porque operan otros mecanismos desigualizantes en el acceso a la educación superior o en la consecución de los estudios en este nivel de enseñanza. Menos probable, pero también posible, es que se reduzca la desigualdad si se crean políticas de igualación de oportunidades que operen con más fuerza en la enseñanza superior.

GRÁFICO 6 Estudiantes que ingresan a la educación superior por estrato socioeconómico y cuartil de resultado Simce en segundo medio (%)



Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos del MINEDUC.

El punto se evalúa a través del porcentaje de estudiantes por estrato socioeconómico que ingresa a la educación superior, para cada cuartil de la prueba Simce en segundo medio. Esto es, controlando por el resultado obtenido en la prueba Simce, que ya incorpora el efecto acumulado de la desigual distribución de oportunidades en etapas previas del desarrollo. En el Gráfico 6 se muestra que el acceso a la educación superior aumenta con el nivel socioeconómico para cada tramo de resultados del Simce.

Este resultado no tiene una única interpretación; al menos se pueden ofrecer dos lecturas. La primera es que toda diferencia representa una desigualdad, en cuyo caso se concluiría que la desigualdad de resultados se exagera después de segundo medio, puesto que alumnos con similar logro escolar en ese nivel enfrentan un desigual acceso a la educación superior, según su posición socioeconómica.⁶ Esta lectura es más pertinente para los estudiantes que se situaron en la mitad superior del puntaje Simce, puesto que ellos tienen más desarrolladas las habilidades cognitivas que se requieren y se potencian en los estudios superiores (en particular, universitarios). Ahora bien, las diferencias en la tasa de acceso a la educación superior son muy menores en este caso, con la excepción de los estudiantes del estrato bajo, cuya probabilidad de acceso es significativamente más baja respecto de los demás estratos.

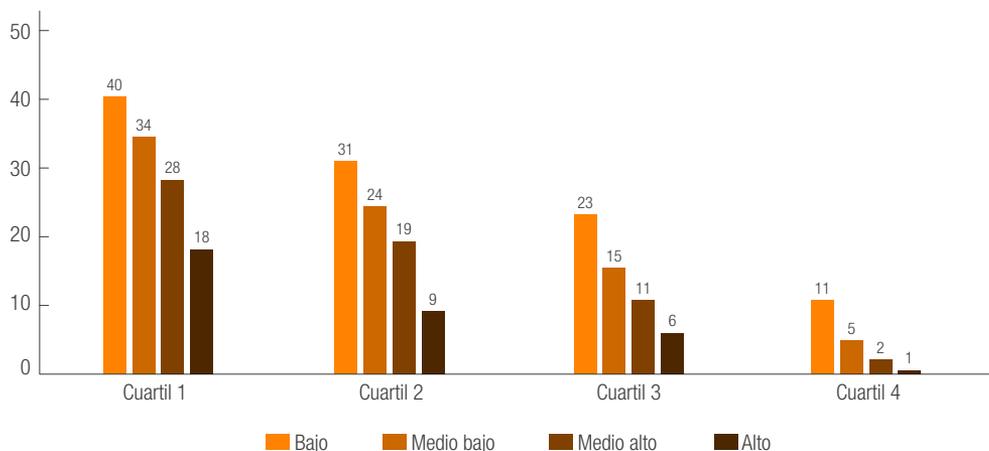
Sin embargo, también se podría argumentar que hay estudiantes que optan por no ingresar a la educación superior, si evalúan que la educación media les entregó competencias suficientes para el trabajo y que aquella no les agregaría mayor valor, considerando que hay costos monetarios y de oportunidad asociados a la continuación de los estudios. Esta segunda lectura puede tener más asidero entre los estudiantes situados en el cuartil inferior de resultados del Simce, porque no es para nada claro que un estudiante de bajo desempeño escolar deba proseguir estudios superiores, en particular si ha adquirido competencias laborales a través de estudios medios técnico-profesionales que le permitan incorporarse al mercado del trabajo una vez egresado de la educación media (Larrañaga, Dussailant y Cabezas, 2014).

La tasa de deserción en la educación superior provee una pieza de información complementaria (Gráfico 7). Este indicador varía significativamente con el nivel de logro escolar, medido por cuartil del Simce de segundo medio. Los estudiantes que obtuvieron bajo puntaje en esa prueba y que ingresaron a la enseñanza superior presentan allí niveles de deserción muchísimos más altos respecto de los estudiantes de mayor logro escolar en la educación media. Este resultado refuerza el punto previo respecto del diferente aporte de los estudios superiores para jóvenes con distinto nivel de logro escolar.

La tasa de deserción decrece con el nivel socioeconómico, *al interior* de los tramos del puntaje Simce. Este resultado muestra que la desigualdad de oportunidades sigue operando en la educación superior, puesto que la posibilidad de completar los estudios en este nivel depende de la condición socioeconómica de origen (para jóvenes con similares logros en la enseñanza media). Eso sí, las brechas por estrato social son más pronunciadas entre quienes tuvieron

peor rendimiento en la enseñanza media, lo que apunta a efectos de interacción entre el nivel socioeconómico y el logro escolar en la probabilidad de completar los estudios superiores.

GRÁFICO 7 Tasa de deserción en la educación superior (% que deserta sobre entrantes)



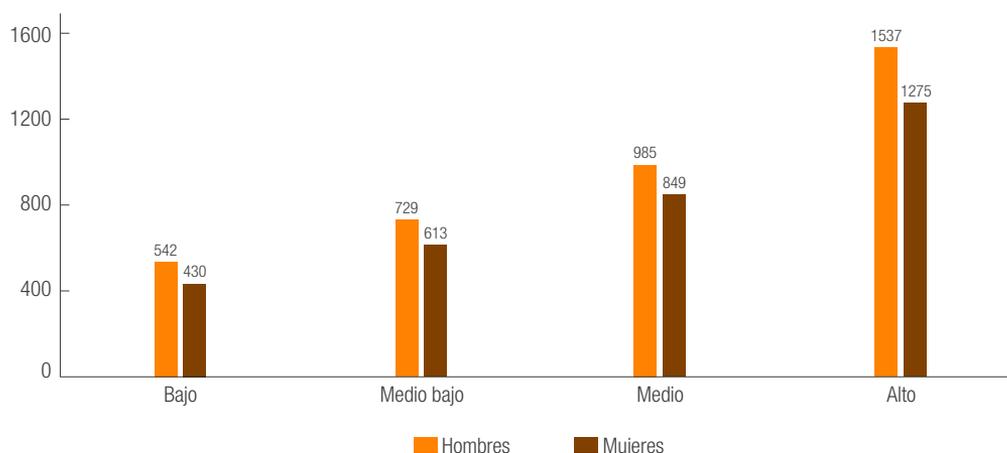
Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos del MINEDUC.

Inserción laboral

Un último indicador de la distribución de oportunidades que enfrenta la cohorte de jóvenes es la brecha de ingreso laboral según origen familiar. En el Gráfico 8 se presenta el ingreso laboral promedio de los miembros de la cohorte entre los 25 a 28 años de edad, por género y estrato socioeconómico del hogar paterno. El resultado muestra una reproducción de la desigualdad entre generaciones. En promedio, los miembros de la cohorte de origen socioeconómico medio bajo ganan 26% más que quienes provienen de hogares de estrato bajo; aquellos de origen socioeconómico medio obtienen 66% más que el estrato bajo, y la brecha se amplía a 125% cuando se compara el ingreso promedio del trabajo de los jóvenes provenientes del estrato alto respecto del estrato bajo.

Nuevamente, este resultado da cuenta de todos los factores y procesos a través de los cuales el origen socioeconómico influye en los resultados laborales, entre los cuales destacan las distintas trayectorias educacionales de los jóvenes de la cohorte. Por su parte, la brecha salarial de género fluctúa entre 80% y 85% según el estrato socioeconómico del hogar paterno. Las cifras corresponden específicamente a la relación porcentual entre el salario promedio de la mujer y el salario promedio del hombre. En este resultado están presentes todos los factores que diferencian el salario entre hombres y mujeres (ver PNUD, 2010).

GRÁFICO 8 Ingreso laboral de la cohorte según género y estrato socioeconómico del hogar paterno (miles de \$ 2015)

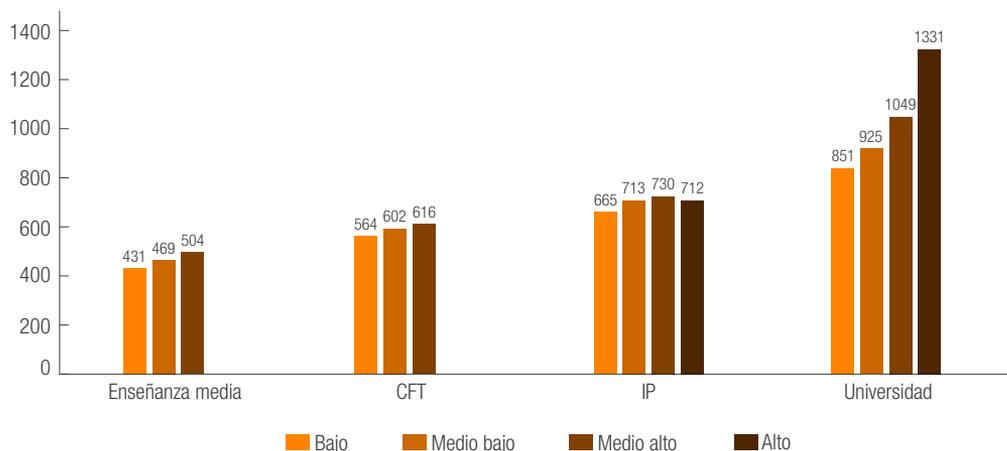


Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos.

En todo caso, la brecha salarial promedio según nivel socioeconómico del hogar paterno es menor que la que se observaba en la generación de los padres, hace veinticinco años, de acuerdo con la información provista por la encuesta Casen 1990 para el ingreso laboral promedio de quienes en esa época tenían entre 25 y 30 años, y estaban casados o convivían con una pareja (potenciales padres de la cohorte analizada). Si se divide este grupo por estrato socioeconómico, se tiene que la brecha de ingresos en 1990 respecto del estrato bajo era de 41% para el estrato medio, de 116% para el estrato medio alto y de 232% para el estrato alto, significativamente más altas que las de la actual cohorte de jóvenes (26%, 66% y 125%), un resultado que es consistente con la movilidad de ingresos entre las generaciones. Otro factor que contribuye a la reducción de las brechas en el tiempo es la compresión de la desigualdad de ingresos entre trabajadores más y menos calificados (ver el capítulo anterior).

Finalmente, en el Gráfico 9 se muestra que los jóvenes de estrato bajo y medio bajo que cursan estudios superiores en centros de formación técnica e institutos profesionales obtienen ingresos que son solo marginalmente más bajos que los obtenidos por los jóvenes de hogares acomodados (quienes, por cierto, tienden menos a estudiar en esos centros). En cambio, hay una brecha significativa de ingresos entre los profesionales universitarios, según su origen socioeconómico. La brecha salarial entre profesionales del estrato alto y del estrato bajo se explica por la acumulación de factores a lo largo de la niñez y la juventud, que determina un acceso muy diferenciado a la educación superior en términos de la calidad de la institución y del tipo de carrera. Además, se explica por la valoración diferenciada que hacen los empleadores, especialmente cuando se trata de puestos altos. Para el caso de altos ejecutivos se prefiere a egresados de colegios privados de elite por un tema supuestamente cultural y porque tienen más redes de contacto.

GRÁFICO 9 Ingreso laboral de la cohorte a los 25-28 años, según estrato socioeconómico del hogar paterno y nivel de estudios (miles de \$ 2015)



Fuente: Elaboración propia a partir de registros administrativos.

Nota: No se reportan ingresos laborales de egresados de EM y CFT del nivel alto por no tener número suficiente de casos.

Conclusión

La evidencia muestra que un canal importante de reproducción de la desigualdad es la transmisión de ventajas y desventajas de una generación a la siguiente. La pregunta central que se formula en este capítulo es qué papel tiene el sistema educacional chileno a este respecto, si es un factor que contribuye a reproducir la desigualdad o bien tiende a la igualdad de oportunidades.

Hay que considerar tres factores en la incidencia que tiene el actual sistema educacional sobre la distribución de oportunidades de los jóvenes en Chile, factores que no van todos en la misma dirección. Primero, la elevada desigualdad que existe entre los hogares en lo que respecta a recursos económicos, sociales y culturales representa un obstáculo mayor a la efectividad que el sistema educacional puede tener para nivelar el piso de oportunidades de las nuevas cohortes de jóvenes. Segundo, la estructura organizativa y de financiamiento del sistema educacional vigente en las últimas décadas ha ayudado a que la educación opere como un canal de transmisión del nivel socioeconómico entre padres e hijos. Tercero, desde 1990 a la fecha se ha implementado un vasto conjunto de iniciativas de política pública que busca mejorar las condiciones de enseñanza y los logros educativos de los estudiantes, en particular de aquellos de peor condición socioeconómica.

En el capítulo se examinó la distribución de oportunidades sobre la base de dos piezas de información: los datos de la prueba PISA 2012 de lectura, que permiten vincular el logro

de los jóvenes de quince años con el nivel socioeconómico del hogar paterno para Chile, otros países latinoamericanos y todos los miembros de la OCDE, y los registros individuales del sistema educacional, que permiten seguir a una cohorte de jóvenes por la educación media, la educación superior y la inserción laboral.

El primer conjunto de datos muestra que el país está bastante a la zaga de los países de la OCDE en el aprendizaje de los jóvenes y en la distribución de las oportunidades educativas. En Chile los jóvenes aprenden menos y la cuna pesa más en los resultados. En la comparación regional obtiene resultados dispares. Ostenta el segundo mejor logro promedio en competencias lectoras, pero la peor situación de segregación social entre las escuelas; muestra escasa desigualdad de recursos entre las escuelas, pero un alto grado de desigualdad en la variable de logro. En síntesis, una situación ambivalente entre los factores que determinan la distribución de oportunidades educativas.

Por su parte, las trayectorias educacionales de la referida cohorte permiten evaluar el aporte de la educación superior a la movilidad social. Este es un tema clave si se considera que la cobertura de la educación superior ha aumentado drásticamente en las últimas décadas y que entre el 40% y el 50% de los jóvenes de los estratos medios bajos y bajos está ingresando a alguna institución de educación superior. Obviamente, este mismo hecho representa un fuerte avance en la distribución de oportunidades, pues todos estos jóvenes son la primera generación de sus familias nucleares que se incorpora a la educación superior. Como podría esperarse, no consiguen los mismos resultados que los jóvenes de origen familiar más acomodado. La mayoría cursa estudios superiores técnico-profesionales o bien va a universidades de menor calidad académica, presenta mayores tasas de deserción y sus ingresos laborales cuando egresan son más bajos (pero indudablemente más elevados que en el caso de no haber llegado a este nivel de enseñanza).

Un factor crítico en la evolución de estos procesos será la capacidad que tenga la economía de proveer los empleos esperados por la cantidad de estudiantes que hoy está en la educación superior: más de un millón de jóvenes. Hay un riesgo importante de que ello no ocurra, ya que el número de estos estudiantes ha crecido a tasas mucho mayores que la economía en los últimos diez o quince años.

Otro factor que debe tenerse en mente es el efecto que tendrá la creciente automatización de los procesos productivos, un desarrollo que causa preocupación en todo el mundo por el impacto que tendrá sobre los empleos. En relación con ello, es probable que la cobertura de la educación superior en Chile esté próxima a tocar techo en términos de los empleos que puede proveer la economía para sus egresados. Por lo demás, no hay país en el mundo que aspire a que toda la población tenga estudios superiores. A este respecto, un desafío que sigue pendiente es la efectividad de la enseñanza media para dotar de competencias a los jóvenes que no ingresarán a la educación superior, así como la instalación de una oferta de educación continua que permita la renovación de conocimientos y competencias a lo largo del ciclo de vida.

-
- 1 Se llama pago contingente al ingreso a aquel servicio de la deuda relacionado con un porcentaje del sueldo, específicamente un 5% de la remuneración, por un período de doce años o antes si ya se cubrió el total de lo endeudado.
 - 2 Esta sección está parcialmente basada en Larrañaga y Rodríguez (2016).
 - 3 Hay evidencia más detallada para Chile en Villalobos y Valenzuela (2012).
 - 4 El acceso se mide como el porcentaje de jóvenes de entre 20 y 24 años que está estudiando o que cursó al menos un año de estudios en educación superior.
 - 5 La cohorte que cursó segundo medio en 2003 es la que ofrece la mayor disponibilidad de datos para su seguimiento en el tiempo. La razón por la que se considera a quienes rindieron el Simce es porque solo para ellos es posible conocer su nivel socioeconómico. Los datos provienen del Registro de Estudiantes de Chile (RECH), del Sistema de Información de la Educación Superior (SIES), del Simce de segundo medio de 2003, de la PSU de 2005 y años siguientes, del Seguro de Cesantía y de Mi Futuro Laboral. Todas las fuentes menos la última entregan datos individuales que fueron unificados por los Ministerios de Educación y Trabajo a través del identificador individual (RUT). Son las bases de datos que han usado investigadores y testistas en años recientes.
 - 6 En rigor, compartir igual tramo de puntaje Simce no es igual a tener igual Simce, dado que cada tramo contiene un rango de puntajes. Sin embargo, los resultados se mantienen después de controlar por el puntaje en una regresión.